

Creo que esta es la clave para una lectura cabal de este libro, modélico por lo demás en cuanto a dominio de un género literario: Eamon Duffy es un profesor católico con afecto sincero a la Iglesia —de hecho ha sido recientemente nombrado para el Pontificio Comitato per le Scienze Storiche—. Su situación le lleva también a deslizarse un tanto en su afecto ecumenista, que resulta desproporcionado. Su «forma mentis» teológica tiene ascendientes desde finales del siglo decimonónico. Recientemente bastaría recordar el pensamiento de Hans Küng. Todas las anécdotas que se pudieran entresacar de las páginas del libro se interpretan a la luz de lo dicho y no compensaría detenerse a poner puntos sobre las fés.

Santos y pecadores es un buen título. En esto, en tener luces y sombras cada uno de ellos —y todos juntos y a la vez— los papas son como todos los hombres y como toda historia en que intervenimos los hombres con nuestra libertad defectible. Pero a través de los siglos se escucha siempre la voz: Y tú una vez convertido confirma a mis hermanos.

Enrique DE LA LAMA

José María GARCÍA ESCUDERO, *De periodista a Cardenal. Vida de Ángel Herrera*, prólogo de Mons. Guix Ferreres, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), Madrid 1998, 431 pp.

La figura de Ángel Herrera (1886-1968) resulta familiar al lector de manuales y monografías de la historia de España del siglo XX. Se encuentra con ella al estudiar las organizaciones apostólicas de los católicos, los medios de información, las formaciones sindicales y políticas, los equipos de gobierno, las campañas de opinión, etc. A partir de 1940, también descubre a Herrera entre las personalidades relevantes del mundo eclesiástico. En todos esos campos tuvo Ángel Herrera un destacado protagonismo, que ha atraído en muchas ocasiones la atención de los historiadores.

Sin embargo, faltaba una obra como la que ahora nos ocupa: una biografía. Ha llenado ese vacío uno de los autores que se encuentran en mejores condiciones para hacerlo: José María García Escudero tiene numerosas publicaciones sobre historia de España del siglo XX, y ha seguido la vida cultural española durante muchos años como consejero de la Editorial Católica, editora del diario *Ya*. Él es el historiador que hasta el momento más se ha ocupado de Ángel Herrera, de su entorno sociológico y sus diversas creaciones.

Acostumbrado al personaje, ha emprendido la tarea de relatar su vida, ordenando —a veces de modo cronológico, otras temáticamente— lo que había publicado en anteriores monografías, pero añadiendo aquí y allá algún aspecto novedoso, siempre con base en documentación fiable, fundamentalmente tomada de las Memorias y del Archivo de Ángel Herrera a los que García Escudero tiene acceso.

Así, por ejemplo, despiertan especial interés los relatos sobre el apartamiento del P. Ángel Ayala en 1911 de la Asociación Católica de Propagandistas, que había fundado pocos años antes, con el deseo de agrupar seculares que pudieran influir con sentido católico en la vida pública. A lo que ya se ha escrito sobre su retiro, García Escudero ha añadido algunos

datos tomados de los Archivos secretos vaticanos (pp. 26 ss). El liderazgo de la Asociación pasó a ocuparlo, durante un cuarto de siglo, uno de sus hombres: Ángel Herrera. Resultaban hasta ahora menos conocidas las entrevistas de Ángel Herrera, ya sacerdote, a fines de diciembre de 1945 y principios de 1946, con Franco y Pío XII, con don Juan de Borbón, en Lausanne, y con Gil Robles, en Lisboa. García Escudero descende en su relato a los pormenores de estos contactos (pp. 232 y ss), significativos para comprender el posicionamiento de Herrera en el delicado momento político que se vivía en esas fechas, si bien la historia siguió su curso independientemente.

García Escudero hace descripciones significativas sobre la personalidad de Herrera. Gracias a ellas, el lector dispone de los elementos suficientes para elaborar un retrato bastante acabado de su carácter, las costumbres cotidianas, sus amistades: lo que viene a ser el substrato vital de su pensamiento y su proyecto. En este cuadro el autor se atreve con las luces y con las sombras del personaje, y no se ahorra el esfuerzo —lógico en alguien que le guarda un sincero y reconocido afecto— de marcar las limitaciones y de reseñar los aspectos menos comprendidos por sus colaboradores. El resultado beneficia a la objetividad y credibilidad del relato, e inclina al lector a un movimiento de comprensión del biografiado tal cual es, lejos de una acrítica admiración o de un injusto e infundado rechazo

El interés de la biografía es —como no podía ser de otra manera— parejo al que despiertan los hechos que se narran; la vida de Ángel Herrera reúne —desde mi punto de vista— muchos mas elementos de relieve narrativo hasta 1936, fecha en que, con 49 años, se traslada a Suiza para iniciar su preparación al sacerdocio. Hasta ese momento, en la edad de la madurez, Herrera ha desplegado una enorme capacidad de acción pública en el agitado escenario de la sociedad española de la Restauración, la Dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República, creando muchas instituciones, moviendo a masas de hombres por medio de grupos selectos.

Desde su regreso a España en 1943, las cosas ya no fueron lo mismo. Su condición sacerdotal le llevaba por otros caminos, y el escenario había cambiado totalmente de decorado y de actores. Aunque la ductilidad de sus conocidas tesis posibilistas podrían legitimar la actividad de Herrera en el franquismo, este era un sistema menos condescendiente que poco quería saber de su legado y su mensaje. Entramos por tanto en una fase de la biografía marcada por la continuidad y la uniformidad, que en parte vienen dadas por las circunstancias que creó el régimen. Continuidad, pues Herrera mantuvo su viva preocupación por mejorar las condiciones de vida de las clases trabajadoras —la *cuestión social*— primero desde su ministerio sacerdotal y después como obispo; uniformidad en los planteamientos ideológicos de fondo —que no cambiaron en él—, y en los criterios de acción: formación de minorías, unidad de acción de los católicos, obediencia a la jerarquía eclesiástica para la acción social, etc.

García Escudero hace un relato acabado de los hechos más sobresalientes de sus casi veinte años de episcopado en Málaga (1947-1966), sus iniciativas fundacionales de ámbito local y nacional (Instituto Social León XIII, Colegio Mayor San Pablo, Escuela de Periodismo de la Iglesia, Fundación Pablo VI), sus relaciones con las autoridades políticas —tirantes en ocasiones—, con su presbiterio (pp. 367 ss.) y con el resto del episcopado (pp. 339 y ss).

Esta obra nos sitúa, por tanto, ante una personalidad, y nos ofrece elementos más que suficientes para otorgarle su lugar en el mapa religioso y cultural de la España del siglo XX.

Pero sin olvidar, en otro plano, el testimonio personal de santidad y de virtud que como seglar primero y como sacerdote y obispo después ofreció a la Iglesia de nuestro tiempo: a esto dedica García Escudero los últimos capítulos. La causa de beatificación de Ángel Herrera fue iniciada en 1996.

José Manuel ORDOVÁS MUÑOZ

Pilar GONZALBO AIZPURU, *Familia y orden colonial*, El Colegio de México, México 1998, 316 pp.

Estamos ante una publicación que abre cauces novedosos para la investigación de la familia en el mundo americano de los siglos coloniales. Pilar Gonzalbo Aizpuru, de El Colegio de México, es bien conocida por sus publicaciones sobre la historia de la educación en México, campo al que llegó tras estudiar la educación de la Compañía de Jesús. Desde la educación se adentró en el tema de la familia, dirigiendo un Seminario sobre Historia de la Familia en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México y animó la celebración de un Coloquio Internacional de Historia de la Familia, en 1989. Resultados de estos trabajos fue el libro coordinado por Gonzalbo, *Familias novohispanas, siglos XVI a XIX* (El Colegio de México, 1991). En 1993 tuvo lugar un segundo congreso sobre el tema en el que estuvieron presente especialistas de toda América Latina, de USA y de Europa. Dos nuevas publicaciones, coordinadas ambas por Pilar Gonzalbo y Cecilia Rabell, *La familia en el mundo iberoamericano* (UNAM, 1994) y *Familia y vida privada en la historia de Iberoamérica*, UNAM-El Colegio de México, México 1996), recogieron las aportaciones de esta segunda fase.

Así pues, Pilar Gonzalbo, cubriendo varias etapas y con la colaboración de especialistas de diversos países, ha logrado adentrarse con nuevas perspectivas en el estudio de la familia latinoamericana. Para su propósito adoptó una metodología que incluía el estudio teórico, la investigación documental y la publicación de textos inéditos sobre el tema; metodología seguida ya por Gonzalbo, con tan buenos resultados, en sus estudios sobre la historia de la educación.

El libro que presento recoge la investigación llevada a cabo por Pilar Gonzalbo para reconstruir la formación del orden familiar en la sociedad novohispana. Gonzalbo apuesta por la «calidad», como criterio diferenciador de la sociedad novohispana, un criterio distinto de los que, según la A., actuaron en otras latitudes. Este concepto sociológico de «calidad», estaría en dependencia no sólo de los caracteres biológicos, sino también de la situación familiar (aquí, abunda en la llamada «casa poblada»), del nivel económico, del reconocimiento social, de la categoría asignada a la profesión y del prestigio personal.

El estudio se ciñe a la ciudad de México, durante la colonia, desde el siglo XVI hasta la época de las reformas borbónicas de finales del siglo XVIII. La capital del virreinato, centro neurálgico de una sociedad en continuo crecimiento, en la que confluyeron grupos étnicos variados de difícil integración, proporcionaba una buena perspectiva para analizar la estructura, evolución y comportamientos de la familia americana.